

**LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, UN PIONERO DE LA
MICROHISTORIA Y DE LA HISTORIA REGIONAL Y UN
CLARIFICADOR DISCURSO SOBRE EL QUEHACER
HISTORIOGRÁFICO**

Hugo Beck

IIGHI-Conicet

Facultad de Humanidades-UNNE

Junta de Estudios Históricos del Chaco

Luis González y González nació en San José de Gracia, Michoacán, México el 11 de octubre de 1925. En su pueblo natal cursó estudios primarios y en el Instituto de Ciencias de Guadalajara, Jalisco realizó sus estudios secundarios y preparatorios para la Universidad. Estudió Derecho en la Universidad Autónoma de Guadalajara y cursó estudios de Historia en El Colegio de México, fue alumno oyente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, realizó estudios de post grado en la Universidad de París entre 1951 y 1952 y asistió a numerosos cursos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en El Colegio de Francia y en El Colegio Nacional de México. Estudió idiomas en el Instituto Francés de la América Latina y en el Instituto Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales.

Obtuvo el título de historiador y el grado de maestro en ciencias históricas por la Escuela Nacional de Antropología e Historia con una tesis sobre *La tierra y el indio en la República Restaurada*, el 31 de julio de 1956.

En su dilatada carrera docente ejerció en la Universidad Veracruzana, en la de Sonora, en la Nacional Autónoma de México, en la de Monterrey, en la de Texas en Austin, en la Iberoamericana, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en el Colegio de México, y en centros de enseñanza secundaria.

Dirigió numerosas tesis doctorales y cumplió una importante labor editorial. Difundió sus conocimientos en cientos de ciclos de congresos, coloquios, mesas redondas y conferencias.

Fue Director del Seminario de Fuentes para la Historia Contemporánea de México en el Colegio de México, de 1957 a 1960 y dirigió el Centro de Estudios Históricos de dicha institución entre 1963 y 1965 y, nuevamente, entre 1970 y 1973. En esta institución fue Coordinador Académico del Seminario de la Revolución Mexicana de 1973 a 1977. En 1953 fue copresidente de la Sociedad Mexicana de la Historia y entre 1960 y 1964 dirigió la revista *Historia Mexicana* publicada por El Colegio de México.

Un número que supera el centenar de publicaciones jalonan su labor historiográfica. Entre ellas sobresalen por su calidad y trascendencia:

. *Fuentes para la historia contemporánea de México. Libros y folletos*. México, El Colegio de México, 1961-1962, 3 vols.

. *El Congreso de Anáhuac*. México, Cámara de Senadores, 1963. XVt-440 pp.

. *Los presidentes de México ante la nación*. México, Cámara de Diputados, 1966. 5 vols. (trabajo de compilación y selección).

. *La tierra donde estamos*. (Apuntes de historia regional y local del occidente de México). México, Banco de Zamora, S. A., 1971, 236 pp.

. "La era de Juárez" en *La economía mexicana en la época de Juárez*. México, Secretaría de Industria y Comercio, 1972, pp. 3-56.

. "La historia regional ante la historia nacional" en *Primer encuentro de historiadores de provincia*, San Luis Potosí, Academia de historia potosina, 1972, pp. 37-79.

. "El periodo formativo" en *Historia mínima de México*, México, El Colegio de México, 1973, pp. 71-114.

Invitación a la microhistoria. Mexico, Secretaria de Educación Pública, 1973. 186 pp. (Colección SEP/Setentas, núm. 72).

"Hacia una teoría de la microhistoria" en *Siempre*, Mexico, mayo de 1973, núm. 1040.

San José de Gracia. Mexican village in transition. Austin, University of Texas Press, 1974. 362 pp.

"Sobre la invención en la historia" en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México*, México, SEP/Setentas, 1974, pp. 119-206.

"La pasión del nido" en *Historia Mexicana*, Vol. XXV, Núm. 4. (100), abril-junio, 1976; pp. 530-598.

"El liberalismo triunfante" en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1976. Vol. III, pp. 163-281.

"Hacia una teoría de la microhistoria", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (Mexico, 1978), t. XXX, pp. 54-66.

Liberalismo triunfante (1867-1911). Mexico, Editorial Eclalsa, 1977, 133 pp.

Les barrières de la solitude, Paris, Plon, 1977. 274 pp. (Col.Terre Humaine).

Zamora. Mexico, Gobierno del Estado de Michoacán, 1978. 234 pp.

Los artífices del cardenismo. Mexico, El Colegio de México, 1978. 315 pp.

Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia. Mexico. El Colegio de México, 1968. 365 pp. Reeditada, corregida, aumentada y disminuida por la misma editorial en 1972. 326 pp., ilus.

Este último libro constituye su obra cumbre, reconocido unánimemente, como pionero de los estudios micro históricos en México y en el mundo. Trascendió a su autor en tiempo y espacio.

Es nuestro deseo publicar una reseña del Discurso brindado por el historiador Luis González y González al incorporarse como Miembro del Colegio Nacional en 1978. Se han seleccionado algunos párrafos más significativos para la problemática que actualmente preocupa al quehacer historiográfico. A pesar de los 35 años transcurridos desde entonces el contenido del discurso no ha perdido actualidad; por el contrario, los comentarios y los consejos del maestro González mantienen una sorprendente vigencia.

Finalmente, Hacemos nuestras las palabras de presentación y bienvenida que expresara el presidente del Colegio Nacional Dr. Antonio Gómez Robledo en oportunidad de incorporar como miembro del mismo a Luis González y González el 8 de noviembre de 1978.

“El Colegio Nacional recibe hoy entre sus miembros al historiador Luis González y González, uno de los mas sólidos valores de que en la actualidad puede ufanarse la cultura nacional; y yo creo que no puedo hacer cosa mejor en estos momentos que leer ante ustedes este párrafo del veredicto de la comisión dictaminadora, obligado prelude *en* su ingreso en esta institución:

"Historiador de excelente formación, Luis González y González destaca sobre todo en el campo de la microhistoria que ha practicado con originalidad, seriedad y un sentido del humor que es difícil encontrar entre los historiadores. Sus trabajos mas recientes se ocupan de la historia contemporánea de Mexico. Es un excelente maestro y conferenciante y ha impartido cátedras tanto en Mexico como en los Estados Unidos. Tienen valor autentico sus ensayos sobre la teoría de la microhistoria. Es actualmente director de *Historia Mexicana*, la revista fundada por Cosío Villegas.

"A sus virtudes como historiador, a la amplia difusión de su obra en Mexico como en el extranjero, habría que añadir su capacidad de formador de jóvenes historiadores. Su labor en este aspecto ha sido muy fecunda. Tampoco sobra añadir que, además de

historiador, es un excelente ensayista y buen escritor. Se considera que Luis González sería un excelente miembro de El Colegio Nacional y se le recomienda sin la menor duda de que haría un magnífico papel en el Colegio".

Fuera de hacer míos de todo corazón esos conceptos, no quiero usurpar ni en parte mínima lo que sobre el recipiendario y su obra corresponde decir al Dr. Silvio Zavala, de historiador a historiador, de poder a poder. Deseo apenas expresar mi gratitud al doctor González por los grandes momentos, por el enriquecimiento espiritual que me ha dado la lectura de *Pueblo en vilo*, un pueblo ubicado, por cierto en la marca fronteriza con Jalisco, y que, por lo mismo, tiene que leer con profunda emoción un jalisciense, para el cual su tierra esta, de tejas abajo, por encima de todo, *uber alles in der Welt*. Microhistoria llama modestamente su propio autor a este libro; microhistoria apenas por la exigüidad territorial de su objeto, pero macro historia, como la que mas, por el mensaje de humanidad, sin restricción alguna, que emana de esta tierra y de su gente, algunos de estatura gigantesca.

*"Por San José de Gracia, merced a su historiador, pasan todos los vientos del mundo", escribió el gran Pepe Alvarado, y es la pura verdad. Los grandes conflictos humanos, los que han sacudido a la patria, han pasado por allí sin la menor atenuación, en su mas alto tremolo, como —sobre todo quizás— en los capítulos que historian la tragedia nacional !una de tantas!, del 26 al 29, y que, al exhumarse mi juventud, azotada por aquel vendaval, me han estrujado hasta lo indecible. En mi humilde sentir, es una gran pagina de la literatura mexicana, entre otras muchas que abundan en este libro, aquella en que el autor describe la condición del pueblo después de haber sido literalmente arrasado en una de las entradas de la hueste antagonista: "El espectáculo de un pueblo sin ninguna voz, con paredones sin techo, escombros, cenizas, carbón, hierbajos, zacate verde en las calles y en las bardas, tizne en todas partes y aullidos de gatos hambrientos". Parece un eco de nuestro incomparable Ramón; "Y la fusilería grabo en la cal —de todas las paredes— de la aldea espectral..." con todo lo que sigue y que ustedes saben. En aquel pueblo, en suma, esta toda la realidad nacional, del mismo modo que en la célula esta todo el individuo y en el átomo el Universo entero, Bienvenido, doctor González, a la cátedra mas alta del país, a la que llega usted por derecho propio y que recibirá sin duda nuevo lustre de su docto magisterio."

LA HISTORIA ACADEMICA Y EL REZONGO DEL PÚBLICO

Por Luis González y González

Discurso de ingreso al colegio nacional, el miércoles 8 de noviembre de 1978

Los cuatro encuentros con la historia

Casi todo el mundo, según opiniones muy generalizadas, tuvo su primer encuentro con la historia antes de ir a la escuela. La costumbre de mirar para atrás es una de las muchas infundidas por la crianza hogareña no solo en los lugares que viven de los frutos de un árbol "genealógico", también en gran número de familias burguesas y de clases bajas.

Todo se confabula desde la mas tierna infancia para hacemos sensibles a la historicidad de la naturaleza humana.

También en plena niñez tuvimos el segundo encuentro con la historia. Eso sucedió en la escuela, en siete cursos o más, mediante la lectura de libros ilustrados con rostros de las mismas personas que, montadas en cuerpos de bronce, pueblan bulevares y jardines públicos.

Según costumbre secular, la historia impartida en el transcurso de la primaria y la secundaria es la que Marco Tulio Cicerón llamó "maestra de la vida"; Federico Nietzsche, historia reverencial; historia pragmática, no se quien; historia edificante o didáctica, no se cuantos; y los irreverentes, historia de bronce. Esta, como es bien sabido, aspira a la recuperación de los valores del pasado en provecho del aquí y ahora; busca en adultos de otras épocas la lección para los menores de hoy; añade adrede la moraleja a la descripción de obras y al relato de vidas pasadas; quiere dotarnos de un proyecto vital por medio de un repertorio de ejemplos grandes hombres y de hechos azarosos.

Aunque el discurso histórico concebido como pedagogía lleve el nombre de historia patria o de historia universal, solo trata de las figuras y los acaeceres del propio país o del mundo que el propósito nacionalista recomienda. Generalmente se recaban en la historia nacional los ejemplos de conductas a seguir, los buenos ejemplos y de la historia de las demás naciones, los ejemplos de conducta negativa, los que debemos rechazar, "los malos ejemplos". Exagerando un poco cabría llamar a los libros de historia de la escuela mexicana *Vidas de hombres ilustres mexicanos* y *Vidas de inicuos imperialistas extranjeros*.

Paul Valery asevera: "La historia es el producto mas peligroso que haya elaborado la química del intelecto humano. Sus propiedades son muy conocidas. Hace sonar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecuciones, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas".

Con todo, ningún detractor de la historia de bronce, pragmática, edificante y nacionalista ha propuesto la supresión de tal espécimen de los planes de estudio; nadie ha refutado la validez de acarrear al presente valores del pasado, sino el modo de hacerlo en la enseñanza pública, supeditado al nacionalismo y a manera de desfile de héroes, villanos y batallas.

Para muchos el tercer encuentro con la historia acontece en el bachillerato o en la universidad. Aquí nos topamos con la musa transfigurada, con Clío sin anteojos de maestra que trata de esclarecer el sentido último de todo hombre, toda época y toda sociedad, que busca un orden en el proceso histórico del universo. Los meta historiadores pretenden dar con la trayectoria pasada, presente y futura de los individuos, los pueblos y las sociedades sin excepción y sin lagunas de conocimiento. El filósofo de la historia es una especie de superhombre que se siente con ánimos de compartir con Dios el conocimiento que se le atribuye a Este acerca de sus creaturas.

Al contrario de la historia aprendida en la escuela tan rica en sucesos reverberantes y héroes maravillosos, la meta historia solo trae a colación las inmensas fuerzas impersonales que empujan a la humanidad.

El asunto ahora no es ni fulanita ni zutanito, ni esta ni aquella hazaña, sino la sucesión del tiempo, lo histórico en su totalidad y a lo sumo en sus grandes fragmentos. La ciencia última del hombre se desentiende de las minucias y solo mira enormidades. Las leyes del desarrollo histórico y los momentos de la vida de la humanidad, (a veces llamados modos de producciones, a veces civilizaciones, ora estados, ora épocas, ya edades, ya ciclos), han sido los temas mas frecuentados por las filosofías de la historia desde San Agustín hasta Toynbee.

De las teorías del desarrollo humano en general, muchas ya han caducado, bien por quedar huérfanas de doctrina filosófica que las avale, bien por haber sido desmentidas por los hechos. A poco de nacer se les ataca desde todos los frentes: se les maldice por simplificadoras porque explican *a priori* y por el uso de generalidades inadecuadas.

Pero aun los escépticos que ven en las filosofías de la historia o en las historias de orientación filosófica meras telarañas tejidas por los filósofos para aprehender incautos, les reconocen algunas funciones positivas: le sirven al común de los mortales como respuesta interina a la pregunta por el destino temporal del hombre, y al historiador de lo concreto como marco de referencia o aguja de marcar de sus investigaciones, pues la teoría precede a la historia, según Aron, es un punto bien averiguado el que suele expresarse así: "Quiérase o no, consciente o inconscientemente, cualquier actividad historiografía está ligada a una filosofía de la historia, y es preferible elegirla a sabiendas de lo que se elige a correr el riesgo de tener que bailar con la más fea". El género filosofía de la historia es un mal necesario en el camino hacia el saber histórico mondo y lirondo. Se trata de una costumbre imprescindible o casi. Un requisito previo para intimar con la historia es haberla visto vestida con galas filosóficas.

El cuarto y definitivo encuentro con la historia desnuda sucede las más de las veces en una facultad universitaria de filosofía y letras o en un centro de estudios históricos de un instituto de cultura superior. Dicha historia ha merecido una docena de epítetos: científica, narrativa, descriptiva, crítica, erudita, apolillada, anticuaria, universitaria, inventarial, microscópica, menuda y académica.

Un ilustre profesor recomendaba seguir la orden de Ranke: "Exponed simplemente como ocurrieron en realidad los hechos". Otro ilustre profesor no creía ni posible ni deseable la fórmula rankeana, pues "La historia, según él, era un conocimiento eminentemente inexacto". Un tercero argumentaba: "En el quehacer histórico hay elementos subjetivos y objetivos. El pasado en parte se descubre y en parte se crea". Ninguno llegaba a las afirmaciones cínicas o escépticas que se oyen en gente ajena al gremio; a ninguno se le oyó decir: "Hay tantas verdades históricas como historiadores"; ninguna, que yo recuerde, se deslizó hacia una herejía historiográfica entonces de moda: la historia estetizante que se abandonaba a la idea del matrimonio indisoluble del quehacer histórico con la praxis literaria. Como es bien sabido, fue una herejía que arrastró a muchos aficionados, pero a muy pocos profesionales.

Mucho mas arrastradora de cerebros que la herejía estetizante fue la negociantita que le apareció a Olio a manera de chipote a mitad del presente siglo, no se si en Paris, donde la vimos crecer media docena de ex alumnos de El Colegio de México que allá éramos alumnos de Bataillon, Marron, Brandel, Labrousse y otros gigantes de la historia.

Historia cualitativa o cuantitativa. Un interesante debate

Para 1951 ya se rumoreaba que nuestra disciplina se volvería ciencia indiscutible cuando los investigadores apartaran su atención de las cualidades para volcarlas en las cantidades. Mientras la historia no abjure de su carácter de disciplina ideográfica y asuma el papel de sabiduría homotética —decían aquellos herejes— la historia seguirá siendo la más pobre y desprestigiada de las ciencias. Si quiere codearse con las aristócratas del saber, que se olvide del mundo de los acontecimientos irrepetibles y vaya en busca del mundo de las regularidades cuantificadas, Mandrou dijo: "La utilización del número aparece como la garantía seria de una demostración; la construcción de una curva —aun demasiado simple— parece preferible a una fina pagina de definiciones". .Quien se atreviera a poner en duda las conclusiones de un historiador o un equipo que trabaje con cifras y ordenadores?

En un santiamén la historia cuantitativa se instauró en el "milieu" académico como la única valedera, como la única verdaderamente científica y sin bemoles. Eloud afirmó: "El trabajo histórico hecho sin números es ruinoso e irresponsable". Madrou dispuso: "el historiador que no cuantifique sus operaciones está decididamente superado".

Casi sin excepción, a los cliómetras les dio por decirles charlatanes a los historiadores de la ortodoxia. La salida a luz de un nuevo libro de historia tradicional empezaron a enfrentarla con muecas de desaprobación, chiflidos y cornetillas. En cambio, todos a una dieron en saltar de gusto, tirar cohetes, tocar dianas y aplaudir cuando aparecía un libro de historia matematizante. El comportamiento tan emotivo de los historiadores ansiosos de refrigerar a la musapiradora les contrajo amistades; pero por su conducta alternativamente excesiva y alegre, por su actitud de fiscales de la santa inquisición científica, también cosecharon un buen número de rabiosos enemigos.

El debate entre historia cuantitativa y cualitativa ya ha dado aportaciones de importancia al arte de la injuria: en solo veinticinco años se ha obtenido una abundante cosecha de dimes y diretes. Arturo Schlesinger sentenció: "Casi todas las cuestiones importantes la son precisamente porque no son susceptibles de respuestas cuantitativas".

Edmundo O'Gorman moteja de pseudohistoria la "que permita la progeneración de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver en verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Se trata, en suma, de una historia aterida, de una historia hecha sin amor". A eso contestan los cuantihistoriadores que las pasiones románticas, como el amor, se las ceden a los fósiles del romanticismo. Para la historia verdaderamente científica el apasionamiento romántico en vez de servir estorba. Solo los números, tan alérgicos a las emociones, pueden sacar a la historia de su oscurantismo barroco y del dominio de la especulación metafísica. A su vez los historiadores del bando opuesto vuelven a replicar. Carr sentencia: "El culto a la historia cuantitativa lleva la concepción materialista de la historia a extremos absurdos".

La "nueva historia", neo científica matematizante que se abre paso lanza en ristre desde 1950, rara vez ha atraído a sus filas a historiadores oriundos del siglo XIX. Los que hacia 1955 ya pasaban de los cincuenta años no se dejaron seducir por las sirenas del neocientismo.

Aun los soñadores en una historia objetiva que pudiera llamarse ciencia de verdad, no vieron en el uso de estadísticas la solución a la subjetividad histórica puesto que no evitaba tal uso el papel activo del historiador, y en cambio si empobrecía la utilización del pasado al reducirlo solo a lo cuantificable. Como quiera, la siguiente hornada, profundamente influida por el espíritu científico, le da el si al nuevo método. En cambio, muchos de los historiadores de la llamada generación del medio siglo han vuelto a ver en el uso de las cifras computadoras una simplificación de la exuberancia del pasado y una ingenuidad metodológica. Con todo, la juventud que ahora anda entre los 30 y los 45 años vuelve a la inocente novedad ruidosa.

Los científicos sociales —economistas, sociólogos, politólogos, demógrafos— que veían tan desdeñosamente los trabajos históricos ya comienzan, según decires, a verlos con interés y a ser clientes de la historiografía. Como las ciencias sistemáticas del hombre buscan los aspectos típicos de las modalidades humanas, es comprensible que acudan a las tiendas de la historia cuantitativa donde se expenden solamente hechos así, los únicos cuantificables. Quizá también los filósofos de la historia se sientan mas agradecidos con la nueva modalidad.

Es indiscutible el número creciente de los aprovechados de la exuberancia de la escuela cuantitativa, pues es bien sabido que los cuantificadores son muy fecundos, producen en cantidades industriales, justamente porque trabajan como en fábrica, porque echan mano del proletariado intelectual, porque constituyen equipos de trabajadores en el que solo hace falta un inteligente con numen, donde los otros no necesitan vocación ni talento extraordinario, pues basta llegar puntualmente todos los días a la tarea, cumplir con las indicaciones del patrón y ajustarse a las leyes del juego científico para que el miembro de

un grupo asegure su pitanza, y el capataz del equipo, obras, premios, viajes, galardones y aplausos.

Por supuesto que no todas las historias hechas en equipo se ajustan al modelo anterior. Los que trabajamos en el decenio de los cincuentas en la colosal *Historia Moderna de México* bajo la dirección de don Daniel Cosío Ilegas, el inolvidable don Daniel de esta aula magna de la República, lo hicimos en grupo, pero mas a la manera de taller medieval que de fábrica moderna. Casi sin excepción, el operario de aquel taller escogía el tema que le gustaba; contaba con un ancho margen para experimentar con métodos en boga, y sentíase más aprendiz que obrero.

¿Se pierde el interés por la historia?

La nueva Clío no tiene público ni mayores nexos populares, y no porque la multitud se haya vuelto de oídos sordos o le haya dado la espalda. El rezongo popular no es ni de hartura ni de inapetencia histórica.

"Existe una gran hambre de historia en el pueblo", según Claude Manceron. Sin embargo, el interés del lector corriente por la escritura académica ha decaído. Gramsci dice que "La historia es actualmente mucho mas leída. . . aunque no la hecha por historiadores serios". Marrou se duele que nuestra ciencia haya caído tan bajo en la general estimación. El público cultivado opina en los siguientes o parecidos términos de la historia profesional de nuestros días: "Le falta vida y pasión". "Pierde el tiempo en cuestiones que a nadie le quitan el sueño". "Es pura erudición inocua".

"Acumula demasiados nombres y números". "Colecciona cadáveres "Usa un lenguaje cifrado". "Está escrita en estilo árido y tenebroso "Expone en forma aburrida e indigesta". "Es andamio sin edificio "Tiene mucho hueso y poca carne". "No sirve para nada". "Es asunto de especialistas". "Ha caído en la jerga de las ciencias". " Por qué no trae anécdotas?". ".Por qué trae tantas notas?. El público menos cultivado simplemente detesta el saber histórico erudito y se ha vuelto cliente de las caricaturas, que como sucedáneos de la historiografía, escriben embusteros de buena o de mala fe, pero al fin y al cabo poco o nada fidedignos.

Las respuestas de los historiadores científicos

Los historiadores de profesión, cada vez más numerosos, cada vez más solicitados por revistas especializadas y obras colectivas, responden de tres modos al refunfuño popular.

La respuesta más generalizada, aunque no la más difundida, dice: La historia vuelta ciencia no tiene por que ser patrimonio común. Cuando pertenecía a la estirpe de los Marsyas, el sátiro de la flauta, cuando era solo una simple pariente de la epopeya y del corrido; cuando no pasaba de ser conversación de tertulia, concernía a medios sociales muy amplios. Ahora que es de la estirpe de Apolo, el aristócrata de la citara, que esta escrita por profesionales oriundos en su mayoría de la alta sociedad, que se codea con los científicos, ha devenido lectura de pocos y puede darse el lujo de ser difícil de entender, frígida, distante, estupefaciente y anglizada. El que la nueva historia solo sea accesible a los historiadores y a los científicos de las disciplinas próximas ha servido para conquistar la consideración respetuosa de la comunidad académica. Si se busca mantener el prestigio recientemente ganado es muy saludable la abstención de comercio con las masas. Por qué descender de las nubes donde nadie solicita cuenta y donde se vive a cuerpo de rey?

La segunda respuesta quizá solamente sea un modo de evasión. Un buen número de historiadores cree o aparenta creer que la historia de hoy ni puede ni debe volver a la existencia pre científica, cuando era cosa del vulgo. Con todo, para hacerle honor a la otra característica de nuestros tiempos, el culto al proletariado, hay que invitar a los ignorantes a subir a las nubes de los clionautas donde pueden compartir la sabiduría histórica actual mediante un penoso entrenamiento en las exquisiteces lingüísticas, en el idioma del hombre culto, por ejemplo en el lenguaje matemático. Se trata de una solución quizá tan bien intencionada como la de fray Marcos de Niza cuando propuso que con solo recorrer dos mil kilómetros de tierras inhóspitas se llegaría a una urbe enteramente de oro. Se trata de una solución que corre el riesgo de ser aceptada como lo fue la de Niza y de no irrumpir en ninguna aurea ciudad, sino en desiertos enloquecedores como los encontrados por las huestes engatusadas por el fraile. Se corre el **albur** de aprender la jergonza de los historiadores con título, para solo dar con fárragos o vaciedades pomposas.

La tercera respuesta propala abiertamente el regreso de la historia a sus orígenes populares, a la plaza pública. Los anhelantes de volver a popularizar el discurso histórico no piden demasiado; creen que la historia se puede quedar con muchas de las costumbres adquiridas en el palacio; le ruegan que únicamente abjure de los "trapitos" y de los afeites que la han hecho objeto de odio e irrisión de parte del público.

Que se quede con las tretas palaciegas, pero que se deshaga de las lachas. La historia nunca ha sido ni atajo de jardín universitario; el Medievo la excluyó del sistema educativo formal; Comte no le dio plaza en su escalafón científico; no tiene ni una centuria de haberse incorporado a la universidad; por naturaleza es poco universitaria; por su modo íntimo de ser admite los calificativos de placera e hija del chisme. Esta hora de la verdad en que vivimos parece propicia para acercarla de nuevo a la multitud que es su ámbito propio.

Cómo acercar al público a la Historia. Cuatro propuestas

Una primera forma de acercamiento consistiría en pedirle al público su cooperación para la hechura de la historia profesional. Hay disciplinas en las que todo hijo de vecino puede meter su cuchara; una de esas es la historia. De médico, poeta e historiador hay una buena dosis en cada uno de nosotros, y por lo mismo, nos creemos autorizados a participar en la mejoría de un achacoso, en la compostura de un verso y en la recordación de sucedidos. Lo insólito es topar con alguien que en las conversaciones de tertulia o de café no haga reminiscencias de su propio pasado individual y colectivo. En la historia todos se meten como Pedro por su casa. Médicos, abogados periodistas, poetas, fotógrafos, profesores y gentes sin oficio no tienen empacho en conversar y escribir de asuntos pretéritos. Los profesionales no deberían abstenerse de leer y oír a los aficionados. Quizá la curandería no sea provechosa para la recuperación de la salud; seguramente la narrativa popular es muy útil para recuperar el pasado. Por algo se acrecienta ante nuestros ojos el prestigio de la historia oral. A esto alude don Alfonso Reyes cuando invita a los cultos a beber en las aguas vivas de los cronistas locales.

Una segunda forma de acercamiento entre el historiador profesional y el historiador que somos todos podría consistir en la vuelta a los asuntos interesantes, los que andan de boca

en boca, sobre los que nos preguntan con frecuencia los vecinos, aquellos que le dan tercera dimensión a las cuitas actuales, los que pide el enfermo de hoy día. El dicho de que "la historia seria ha dejado de ser interesante como solía serlo", alude principalmente a la temática de la nueva historiografía, a la perniciosa costumbre de escoger como asuntos de investigación únicamente los que se pueden documentar bien y con facilidad, a la pésima costumbre de escribir solo sobre lo incontrovertible, al mal de perseguir los temas que permitan interpretaciones brillantes y novedosas para los afines que también piensen con rebuscamiento y sienten tortuosamente. Haría falta, pues, mudar de criterios en la selección de temas; antes de exhumar cadáveres pedir opiniones, oler preferencias. Quizá así crezcan los estudios sobre el pasado inmediato y sobre el contorno local; quizá quede un poco relegada la vida de instituciones políticas, sociales, económicas y culturales, y en primera fila, la vida de políticos, obreros, campesinos y cultos; quizá los héroes y los estadistas del país se achaparren y se agiganten los auténticos caudillos. Si a la hora de escoger temas se respeta el clamor popular, sin agravio de los gustos propios, veremos aparecer obras que salven el abismo entre el historiógrafo y la gente aficionada. Esto no quiere decir que todos los historiadores y a todas horas trabajen sin excusa argumentos solicitados por el público. Siempre habrá materias que deban explorarse aunque no sean de gran demanda; hay trabajos preparatorios de urgente elaboración y de popularidad nula.

La tercera forma de acercamiento podría ser la del habla. No se trataría, como lo hacen normalmente los mercachifles del templo de Clío, de usar un vocabulario pobre y cursi, el único asimilable según ellos, para el estómago del público, con lo cual cometen un doble desacato para la historia y para su lectorio. Se buscaría, en el peor de los casos, sustituir las palabras asombrosas por las palabras habituales. Se tendería, para los que no nacen con el don del verbo, eficaz, de poner en el bote de la basura el lenguaje pocho y recapturar ciertas frases y expresiones de la tribu. Se procuraría seguir las pisadas de los narradores orales de historias, quienes conocen el secreto para no aburrir a la gente, que son mucho más cautivantes que cualquier doctor por angélico que sea. La historia, como el cuento, pertenecen a la narración y la narración exige, para mantener en vigilia y adicto al auditorio, un lenguaje de buena ley.

Una cuarta forma de acercamiento al consumidor puede ser la información visual. La historia, más que ninguna de las ciencias sociales, está en aptitud de servirse de las nuevas formas de expresión que le marcan el paso a las masas contemporáneas. El hombre actual, aunque muy alfabetizado, lee poco; prefiere ir al cine, ver la televisión y hojear una revista ilustrada. La corriente de la moda propone la entrega de mucho de nuestro tiempo a la fotografía, al comic, al cine, a la televisión. La filosofía y las ciencias, que son básicamente pensamiento, seguirán indisolublemente ligadas a la expresión verbal, apenas podrían hacer uso de la expresión visual. En cambio, la historia, que es ver mas que pensar, puede servirse a las mil maravillas de la comunicación basada en fotos, cine y tele.

Por lo que ve a gustos, me gustaría cumplir con el refrán de que el cliente siempre tiene la razón, pero no al grado de cambiar mis certidumbres por las ajenas. No se trata de contentar al lector medio al costo que sea. Solo deseo mantener como compromiso básico, el de la verdad en el doble sentido propuesto por Cicerón: "No atreverse a decir nada falso y atreverse a decir todo lo verdadero".

Me propongo suscribir como compromisos derivados el no hablar de temas ajenos al breve circulo de mis habilidades y de mis gustos; hablar solo de cosas de alguna manera deseadas y necesitadas por el mexicano de nuestros días, y de hacer uso, hasta donde me sea posible, de un lenguaje de comunicación,

¡Muchas gracias!